

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

# La última película

LARRY MCMURTRY

TRADUCCIÓN DE  
REGINA LÓPEZ MUÑOZ



[www.gallonero.es](http://www.gallonero.es)

Título de la edición original: THE LAST PICTURE SHOW

Copyright © 1966, Larry McMurtry  
Copyright renewed © 1994, Larry McMurtry  
All rights reserved

Primera edición: septiembre 2012

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S.L.

[www.gallonero.es](http://www.gallonero.es)

© de la traducción: Regina López Muñoz

© del diseño de colección: Raúl Fernández

ISBN: 978-84-938569-4-6

Impreso en España por Imprenta Fareso, S.A.

Depósito legal: M-29224-2012

# La última película



Dedico *La última película*  
a mi ciudad natal,  
con mucho cariño.



## CAPÍTULO UNO

A veces Sonny se sentía como si fuera el único ser humano del pueblo. Era una desagradable sensación que solía experimentar por la mañana temprano cuando las calles estaban completamente vacías, como cierta mañana de sábado de noviembre. La noche anterior, Sonny había jugado su último partido de fútbol americano con el equipo del instituto de Thalia, aunque no era ese el motivo por el que se sentía tan raro y tan solo. Se debía, simplemente, al ambiente del pueblo.

Solo había un coche aparcado en la plaza de los juzgados, el viejo Nash blanco del vigilante nocturno. El viento frío del norte, procedente de las llanuras, soplaba levantando grandes remolinos de polvo por Main Street, la única calle de Thalia que tenía negocios. La camioneta de Sonny era una Chevrolet 41 a la que no le sentaban demasiado bien las mañanas de frío: a la altura del cine empezó a dar sacudidas y Sonny tuvo que parar el motor un momento, pero luego volvió a arrancar y llegó traqueteando hasta el semáforo, expulsando unas nubes blanquecinas de humo que el viento dispersaba.

En el semáforo se dispuso a doblar hacia el sur en dirección al café que abría toda la noche, pero cuando miró al norte por si se aproximaba alguien decidió girar hacia ese lado. No venía nadie, pero había visto a su amigo Billy. Escoba en mano, estaba barriendo en medio de la carretera entre ráfagas de viento. Billy vivía en el salón de billar con Sam el León, y barrer era lo único

que sabía hacer. El único problema era que no sabía parar: barría los billares por las mañanas, el café por las tardes y el cine por las noches; y siempre —salvo si alguien le pedía explícitamente que parara— seguía barriendo: se recorría las aceras del pueblo, unas veces en una dirección, otras veces en la contraria, barriendo con brío hasta que alguien reparaba en él y lo llevaba de vuelta a los billares.

Sonny se puso a su lado e hizo sonar el claxon. Billy dejó por fin de barrer y se subió a la camioneta. Era un chico bajito y fornido, no demasiado inteligente pero todo bondad; al recogerlo, Sonny se sintió menos solo. Si Billy estaba fuera era porque los billares estarían abiertos, y cuando los billares estaban abiertos nunca se sentía solo. Una de las cosas buenas de vivir en Thalia era que el salón de billar solía abrir a las seis y media o las siete de la mañana, debido a que Sam el León, su propietario, sufría insomnio.

Sonny aparcó en la entrada y agarró la escoba de Billy para impedir que empezara de nuevo a barrer. El aire estaba tan seco y cargado de polvo que picaba en la nariz al respirar, y los dos chicos se precipitaron al interior. Sam el León ya llevaba rato levantado y estaba cepillando una de las mesas de billar inglés. Era un hombre mayor, aunque alto y robusto, con una espesa mata de pelo blanco; el frío le hinchaba los pies, por eso en invierno se ponía para trabajar sus viejas pantuflas de piel de borrego. Estaba esperando a los muchachos, de ahí que apenas les dedicara una mirada.

Una vez en el interior Sonny devolvió la escoba a Billy, que se fue directo a la estufa de gas para calentarse. Mientras entraba en calor, se apoyó en la escoba y lamió un pedazo de tiza. A Sam el León no le preocupaba que Billy lamiera tiza constantemente;



decía que era un alimento barato. Sonny cogió una bolsa de patatas de queso y se hizo hueco junto a la estufa, poniéndole a Billy la gorra del revés como gesto de camaradería. Era una gorra de béisbol verde, muy vieja, que una señora le había regalado a Billy hacía tres o cuatro veranos.

—Qué frío, Sam —dijo Sonny—. Hace casi tanto frío como fuera.

—Pero no tanto viento —respondió Sam—. Me sorprende que tengas el valor de venir aquí hoy después de la paliza que os dieron. ¿Os han explicado alguna vez lo que es un bloqueo, o un placaje?

Sonny se comió las patatas sin inmutarse. Crowell, el equipo visitante, había machacado a Thalia por 28 a 6. Había resultado bastante vergonzoso para el entrenador Popper, pero fue porque el club de seguidores estaba tan confiado en que Thalia acabaría ganando un trofeo regional que sus miembros, prematuramente, habían agasajado al entrenador con una escopeta Marlin de calibre 12 durante el amistoso que tuvo lugar dos semanas antes. El entrenador era un gran cazador. Pero les salió el tiro por la culata, literalmente. Dos de los cuatro *touchdowns* de Crowell se habían colado por la posición defensiva de Sonny, pero a él eso no le quitaba el sueño. Cuatro años jugando con Thalia lo habían curtido en las derrotas, y en su opinión los del club habían pecado de ciego optimismo.

Además, ¿en qué le beneficiaba a él que le regalaran armas nuevas al entrenador, con las malas pulgas que se gastaba? Ya en una ocasión había disparado a Sonny, y con una escopeta nueva seguro que no fallaría.

—¿Y tu amigo? —preguntó Sam.

—Todavía no ha llegado —contestó Sonny.

Se refería a Duane, el mejor amigo de Sonny, que además de jugar en posición de *fullback* como un profesional trabajaba en el turno de noche con una cuadrilla de perforadores.

—Duane se está cavando su propia tumba —afirmó Sam el León—. No debería jugar un partido y luego echar la noche entera trabajando. ¡Él solito corrió la mitad de las yardas que hicisteis en total!

—Bah, eso nunca lo ha cansado demasiado —comentó Sonny mientras iba a por otra bolsa de patatas.

A Sam el León le entró un ataque de tos imparable, como solía pasarle. Le temblaba todo el cuerpo; no podía parar. Al final tuvo que ir al baño para tomar un poco de agua y un trago de jarabe; así aplacaba los golpes de tos.

—Aspiro demasiado polvillo de tiza —dijo al volver.

Billy no se dio cuenta, pero Sonny se sentía un poco incómodo. No le gustaba que le recordaran que Sam ya no era ni tan joven ni tan robusto como en otros tiempos. Sam el León se hacía cargo de todo, sobre todo de los chicos, y a Sonny le disgustaba pensar que pudiera morir. El motivo por el que Sam era tan bueno con los muchachos era que él mismo había tenido tres hijos, ninguno de los cuales llegó a cumplir los dieciocho. El primero se mató cuando Sam aún era ganadero: un día de crecida, él y su hijo trataban de atravesar el río Little Wichita con un rebaño de novillos y el chico cayó y se ahogó, pisoteado por su caballo. Algunos años más tarde, cuando Sam se dedicaba ya al negocio del petróleo, una explosión de gas provocó que su segundo hijo cayera de lo alto de una torre de perforación, desde más de quince metros; murió antes de que lo trasladaran al pueblo. Sam vendió las tierras y abrió el primer concesionario Ford de Thalia, pero su tercer hijo murió atropellado por un

ayudante del sheriff. Su mujer perdió el juicio y pasó sus últimos diez años de vida balanceándose en una mecedora. Sam se dio a la bebida, dejó de ir a la iglesia y decían que se volvió muy suelto con las mujeres, incluso con las que estaban casadas.

Empezó a reponerse cuando compró la sala de cine, o eso decía la gente. Pasaba muchas comedias, seriales y películas del oeste, y los chavales iban siempre que conseguían el permiso de sus padres. Luego, Sam compró los billares y el café veinticuatro horas, y se fue animando cada vez más.

Nadie sabía con certeza por qué le llamaban Sam el León. Algunos pensaban que era porque odiaba ir al barbero y siempre lucía unas greñas descuidadas. Otros creían que el motivo era que de joven había sido un vaquero muy bravucón, pero a Sonny aquello no le parecía verosímil: solo había visto a Sam cabreado una vez, un 4 de julio en que Duane prendió un petardo en una de las troneras de una mesa de billar. Cuando el cohete por fin acabó de chisporrotear, Sam agarró la escupidera con intención de arrojársela a Duane y lo echó. Al final se la lanzó, aunque Duane la esquivó y quien quedó empapado fue Joe Bob Blanton, el hijo del pastor metodista, que estaba allí parado en la acera lamentando que no le dejaran entrar a jugar. Los chicos se partieron de risa, pero Sam el León se sintió abochornado y limpió a Joe Bob a conciencia.

Cuando hubo entrado en calor, Sonny cogió un cepillo y se puso a darle a las mesas de bola 8. Sam les dio un repaso y miró con desdén las dos monedas de cinco que Sonny le había dejado por las patatas.

—Nunca llegarás a nada, Sonny. Hoy ya te has gastado diez centavos y ni siquiera has desayunado en condiciones. Billy, muchacho, haz el favor de barrer la otra parte de la sala.

Mientras los chicos trabajaban, Sam se quedó junto a la estufa para calentarse sus pies doloridos. Le habría gustado que Sonny no fuera tan manirroto, pero él no podía hacer nada. Billy le daba menos quebraderos de cabeza, en parte por ser medio bobo. El verdadero padre de Billy era un viejo ferroviario que estuvo trabajando un tiempo en Thalia justo antes de la guerra; su madre era una muchacha sordomuda que, a excepción de una tía, no tenía a nadie en el mundo. Una noche, el viejo acorraló a la chica en el palco del cine y así engendraron a Billy. El sheriff se aseguró de que el viejo se casara con la muchacha, pero esta murió al nacer Billy y a él lo crió la familia de mexicanos que ayudaba al viejo a mantener la vía del tren. Después de la guerra aquel tramo dejó de usarse y levantaron las vías. El viejo se marchó y consiguió trabajo de chapista en un circuito de carreras de coches en Oklahoma. A Billy lo dejó con los mexicanos, que siguieron allí varios años más recogiendo higos chumbos y comiendo mezquite hasta que un tipo de Plainview les propuso que se trasladaran allí para recolectar algodón. Se largaron una mañana y dejaron a Billy sentado en el bordillo frente a la sala de cine.

Desde entonces, Sam se hizo cargo de él. Billy aprendió a barrer y se ocupaba de pasar la escoba por sus tres locales; a cambio recibía manutención, y además iba todas las noches sin excepción a ver las películas. Siempre se sentaba en el palco, con la escoba al lado; durante años no se perdió ni una sola de las películas que proyectaron en Thalia, y, que se supiera, todas le gustaban. Jamás lo vieron marcharse mientras hubiera algo en la pantalla.

—¿Trabajas hoy? —preguntó Sam cuando se dio cuenta de que Sonny se tomaba su tiempo para cepillar la mesa.